

Homilía

Cuarto aniversario de los mártires de la UCA

José María Tojeira

Celebramos hoy, una vez más, la fiesta de los mártires jesuitas del Paraguay, unida al recuerdo martirial de los jesuitas y sus colaboradoras, asesinados por ser fieles a este pueblo salvadoreño. Y queremos unir hoy la fiesta de este pequeño grupo de la UCA con el recuerdo de todos los mártires de El Salvador.

Pero, por qué, se nos dirá, esta insistencia de recordar a los mártires. ¿No es ya demasiada la machaconería y la repetición de una historia triste que pertenece al pasado, cuando el país camina hacia una nueva situación, aunque sea con dificultades? ¿No será mejor mirar hacia el futuro y conjugar definitivamente el perdón con el olvido? Quisiera desde la fe y desde la realidad salvadoreña, contestar hoy a estas preguntas.

La primera respuesta se basa en el evangelio que hoy hemos leído. Lo que el mundo odia trata de destruirlo, sepultarlo en el silencio, o al menos en un recuerdo azucarado, que es otra manera de silenciar la realidad. Por el contrario, los que siguen a Jesús, deben dar como él, en este mundo, testimonio de verdad. El primer gran mártir de la verdad fue Jesús de Nazaret, condenado a muerte por chocar con los intereses políticos, económicos y religiosos de su tiempo, opuestos a la exigente relación con un Dios Padre que nos convertía a todos en hermanos. Desde esa relación con el Padre y con los hermanos, Jesús fue la luz del mundo, pero su luz puso en evidencia demasiada hipocresía, false-

dad, tibieza e injusticia. Y la mentira institucionalizada no resistió su mensaje.

La Iglesia, fiel a su memoria, recordó explícitamente desde sus inicios a todos los que se unieron a Jesús en la muerte martirial, testimoniando de nuevo esa íntima relación entre el Padre y el amor a los hermanos. Los primeros concilios de la Iglesia ya reconocida oficialmente por el imperio romano, exigían tener presente a los mártires en el momento central de la vida cristiana, la eucaristía. Era una necesidad vital para una Iglesia que quería ser fiel a ese reino predicado por Jesucristo, que aunque es banquete y fiesta en el futuro, es también fuego, cruz y lucha en el presente.

Este compromiso de la Iglesia permanece hasta hoy. El Papa actual, en su última carta encíclica titulada el Esplendor de la Verdad, decía lo siguiente sobre el martirio: "semejante testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no sólo la sociedad civil, sino dentro incluso de las mismas comunidades eclesiales, no se caiga en la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: la confusión del bien y del mal... Dando testimonio del bien... (los mártires) representan un reproche viviente a cuantos transgreden la ley (de Dios) y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal; que dan oscuridad por luz y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce y dulce por amargo".

Y entramos con estas palabras de Juan Pablo II en el presente. Cómo no relacionar ciertos aspectos y acontecimientos de la realidad salvadoreña con esa confusión del bien y del mal de la que habla el Papa. Cómo no ver reflejados aspectos de nuestra realidad en el evangelio que hemos leído hoy y que habla de un mundo hostil a la verdad cristiana. Qué son los escuadrones de la muerte, sino mundo cerrado en sí mismo, egoísmo petrificado en intereses personales o de grupo, que no duda en destruir lo más sagrado, la vida humana, al propio capricho.

Vivimos, en efecto, en una sociedad en la que sectores muy poderosos odian la verdad. Una sociedad en la que cierto tipo de asesinos son primero encubiertos por las autoridades, protegidos después oficialmente y, finalmente, cuando el clamor nacional e internacional hace imposible el mantenerlos en sus puestos, jubila con ascensos y con honores. Una sociedad de la desconfianza, en la que se espía telefónicamente incluso el mismo presidente de la república. Una sociedad que confunde sistemáticamente el bien con el mal según sus conveniencias; que busca el amparo de la CIA cuando ésta les enseña cómo eliminar a sus opositores y se indigna y se rasga las vestiduras cuando la complicidad criminal se hace pública. Una sociedad en la que impunemente, si se poseen determinadas cuotas de poder, se puede mentir, robar o matar, y en la

que nunca se encontrarán pruebas suficientes contra los grandes ejecutores de estos hechos delictivos.

Y esto sin hablar de temas como la injusticia social, la falta de trabajo, la inseguridad ciudadana, el control hipócrita y mal intencionado de algunos medios de comunicación, la pobreza que daña la dignidad humana y el derroche de unos pocos que en ese contexto se convierte en insultante.

No son pocas las personas que ante la fuerza brutal con la que estos vicios sociales permanecen en estos nuevos tiempos de paz, se hallan en buena parte desanimados. Como que esperaban más de tanta sangre y de tanto dolor acumulados, o al menos esperaban más inmediatamente.

Frente a esta realidad de tarea inconclusa y de relativo desánimo es importante recordar a los mártires. Ellos con su sangre derramada, son testigos de humanidad y de identidad cristiana. Y son estímulo para nosotros a la hora de intentar poner espíritu en una sociedad con rasgos graves de deshumanización.

Juan Pablo II nos decía en la misma carta encíclica que “ante las graves formas de injusticia social y económica, así como de corrupción política que padecen pueblos y naciones enteras, aumenta la indignada reacción de muchísimas personas oprimidas y humilladas en sus derechos fundamentales y se difunde y agudiza cada vez más la necesidad de una radical renovación personal y social capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia”.

Pues bien, muchos de nuestros mártires tuvieron esa indignada reacción frente a la realidad opresora que el Papa describe. Muchos de ellos son precisamente los que se habían renovado personalmente y buscaban una renovación social basada en la solidaridad y en la justicia. Cómo no recordarlos cuando nuestra sociedad sigue necesitando urgentemente esa misma transformación. Ellos nos enseñan un camino de coherencia frente a una realidad que debe ser transformada, cambiada, radicalmente cambiada. Ellos dan sentido a nuestros esfuerzos y a nuestras fatigas y su sangre se derrama fecundante sobre el sacrificio litúrgico de nuestro trabajo y nuestro compromiso, como dice san Pablo en la lectura.

Cómo no recordar a nuestros mártires y a todos los mártires de El Salvador con Monseñor Romero a la cabeza. Ellos supieron dar la vida pacíficamente mientras la violencia era ensalzada por casi todas partes. Lograron, desde el compromiso gozosamente aceptado de una vida coherente, que su sangre derramada se convirtiera en escándalo que clama al cielo y en fuerza que inaugura irresistiblemente los caminos de la paz.

A ellos les debemos la parte buena de la paz que hoy disfrutamos. La

parte mala de nuestra sociedad, esa parte que queda como herencia de la guerra y que ya hemos descrito suficientemente, no se debe a nuestros mártires. Se debe más bien a los verdugos que permanecen incrustados, y sin conversión, en las estructuras sociales, políticas o económicas de nuestro país. Se debe a quienes quieren sepultar en el olvido a los mártires y no quieren tener en cuenta la dignidad generadora de humanidad que se desprende de su sangre derramada.

Nuestros mártires, unidos radicalmente a Cristo en vida y en muerte, mientras servían a los más débiles de nuestros pueblos, nos enseñan el camino de la responsabilidad social y del compromiso con el día a día de nuestro trabajo. Su muerte, creando conciencia y paz, nos demuestra que el servicio a los empobrecidos y sus causas es fuente de renovación personal y social.

Sólo su generosidad nos señala el camino del futuro. Un futuro donde la verdad sea virtud, la justicia norma, la solidaridad actitud espontánea, la austeridad base de una economía más humana. Un futuro en el que podamos rezar el Padre nuestro en coherencia con la fraternidad que se desprende del pan nuestro compartido por todos, en coherencia con un perdón de las ofensas que se convierte en camino de liberación de todo mal.

Que el Señor Jesús, presente en esta eucaristía, nos anime con el espíritu en resurrección permanente de nuestros mártires, de todos los mártires de El Salvador, famosos o anónimos, y nos lleve a la coherencia personal y al compromiso con la transformación radical del mundo que nos rodea.

Que así sea.

San Salvador, 16 de noviembre de 1993.